

Le pregunté por Alvarez Simidel y Sanabria. Del primero me dijo que estaba en una estancia ó rancho inmediato ó á mitad de camino de Veracruz á Medellin, oculto por temor de que lo prendieran ó lo encarcelaran para espulsarle del Reyno; que alguna que otra noche se melia en Veracruz, con mucho riesgo, para verle y conferenciar con un Capitan, hijo de la señora en cuya compañía vivía. Que lo demas me lo diria despacio.

Respecto á Remigio Sanabria, estaba lleno de salud, muy querido de la sociedad alemana en cuya compañía vivía. Que como él me lo diria en su carta, habia estado ausente en la Puebla y Oaxaca, donde fué llamado por el coronel Vázquez, «en cuya compañía regresó últimamente á Veracruz y dispuso mi viaje á este puerto.»

Dije al Padre Bringas, que el Capitan General estaria con la mayor ansiedad esperando las cartas y noticias de Veracruz, y que me volvia á mi posada á dar el reactivo á las cartas, y enterarme de su contenido. Que me parecia conveniente que su Paternidad fuese anticipadamente á verse con Don Joaquin Gómez, para que comunicase á su escelencia el regreso del religioso que habia ido á Veracruz y traia cartas para mí, que estaba descifrándolas en mi posada; y que luego que hiciese la diligencia con Gómez, viniese á mi cuarto para leerle el contenido de las cartas. Quedamos en eso, Bringas se marchó á casa de Gómez y yo me fui á mi posada.

Luego que llegué á ella, saqué mi reactivo, junté las cartas y las leí perfectamente. La estensa carta de Sanabria venía á decir en sustancia lo siguiente.

Que no me habia escrito en el paquete del mes anterior, porque el coronel Vázquez le habia llamado á Puebla de los Angeles, para decirle que él y otros gefes de color, estaban de acuerdo con el General Guerrero, Lobato y otros para pronunciarse instantaneamente contra el partido moderado (los Escoceses) representados por el Ministro de la Guerra Gómez Pedraza, Barragan y demás pertenecientes á dicha fraccion ó partido. Habia pugna terrible entre Pedraza y Guerrero, motivada en que ambos pretendian la presidencia de la república. El Partido de Pedraza estaba sostenido y apoyado por los representantes de Inglaterra y Francia; y el de Guerrero (los Yorkinos) por Mr. Poinsete, ministro de los Estados Unidos. Pedraza habia ofrecido á Guerrero una gran suma de

dinero, si desistia de su pretension; Guerrero, por su parte le habia escrito á Pedraza, que si se le privaba de la Presidencia, pondria la república á sangre y fuego; y que antes consentiria se abrasasen todos los pueblos y morir en la demanda, que permitir que Pedraza fuese nombrado Presidente. Que secretamente se habia puesto de acuerdo Guerrero con Santana, gobernador del Estado de Veracruz y enemigo oculto de Pedraza, ofreciéndole el ministerio de la Guerra, si le conseguia los votos del congreso de aquel Estado, y cooperar á derrivar á Pedraza de su puesto. El comisionado para estas negociaciones entre Guerrero y Santana, era el coronel mestizo Vázquez, habiendo hecho diferentes viages de Méjico á Manga de Clavo, hacienda de Santana, en las intermediaciones de Veracruz, donde residía él. Santana habia convenido con los deseos y ofertas de Guerrero; y resuelto en pronunciarse primero en el Estado de Veracruz, poniéndose al frente, el mismo Santana, siempre que correspondiesen Guerrero, Lobato y Lagarza en Oaxaca y otros puntos de la república. La época fija que tenian señalada, era el mes de Setiembre próximo, si todos los gefes de tierra caliente estaban listos y conformes para entónces. El coronel Vázquez estaba recorriendo todos los pueblos. Decia que habia una sorda fermentacion en el pais precusora de nuevo alzamiento. Que el gobernador militar de Veracruz, el coronel Rincon, era partidario de Pedraza, y por consiguiente enemigo de Guerrero y Santana, á quien vigilaba. Que se presentaba la mejor ocasion para realizar el plan acordado en la Nueva Orleans, el único conque se podía triunfar en las presentes circunstancias. Que él no se separaba de las instrucciones que se le habian dado, esperando nuevas, y que por los paquetes avisaría cuanto ocurriese.

La carta de Alvarez y Simidel, era muy lacónica, remitiéndose á lo que verualmente me diria el portador. Que no estrañase su silencio, porque estaba oculto en un monte, por la persecucion que sufría por parte de las autoridades de Veracruz, para espulsarlo de la república.

Una hora despues vino el P. Bringas á mi posada acompañado del religioso comisionado á Veracruz, que se habia quitado el traje de paisano megicano, y venía ya con el hábito franciscano. Habia dejado mi recado al Señor Gómez, que por su parte quedaba en comunicarme á mi posada la reso-

lucion del Capitan General, tan luego la recibiese. Eran las tres de la tarde y nos quedamos en mi habitacion esperando la resolucion de Vives. Mientras llegaba ésta, examiné muy detenidamente al religioso de cuanto pasaba en Veracruz y me confirmó el lamentable estado de las cosas y que el comercio estaba enteramente paralizado.

Alvarez Simidel le había encargado me informase que el jóven capitan, hijo de la señora en cuya compañía vivía, mandaba la compañía de Granaderos del noveno batallon, que guarnecía el Castillo de San Juan de Ulua, y además era ayudante del Sr. Rincon, Gobernador del Fuerte; que tenía apalabrados al teniente, alférez y sargento de la compañía, y los ofrecía á mi disposicion, para lo que quisiere mandarle. Que por el primer paquete, me escribiría más estensamente, avisándome lo que adelantase.

Eran las cinco de la tarde, cuando recibí un billete lacónico en el que me decía Gómez las siguientes palabras: «*A las ocho en punto, á la casa consabida, con los dos frailes.*» Se lo di á leer al Padre Bringas, y él se empeñó en irse á comer al convento y volver á mi posada á las siete y media; por más que me empeñé en que se quedase á comer en mi posada, no fué posible lograrlo; y esta negativa no tenía por motivo, sino de que estaba acostumbrado hacer sus rezos.

A las siete y media, estuvieron puntuales en mi posada, ambos frailes. Nos pusimos en marcha á las ocho menos cuarto, y luego que llegamos á la casa de Gómez, encontramos el quitrin del Sr. Vives á la puerta, y fuimos introducidos en la sala bien alumbrada y al Capitan General que nos esperaba en compañía del Sr. Gómez, quien se salió de la sala, y nos dejó solos á los cuatro.

Vives dirigiéndose á mí, y con mucha ansiedad, me preguntó: «¿Qué tenemos, estoy impaciente de saberlo?» Saqué de mi cartera las dos cartas y se las di á leer, mas luego me las devolvió, siéndole imposible acertar á leerlas, por lo embrolladas que estaban por el reactivo, las cifras y la mediana letra en que estaban escritas. Se las leí correctamente y concluidas me dijo: «Está muy bien, ahora es preciso que el Padre que ha evacuado la comision, hable y me diga lo que le ha encargado Alvarez Simidel» Se refirió punto por punto todo, y esplicó el estado de la república.

Y dirigiéndose el Sor Vives al P. Bringas, le preguntó: «¿Y

qué le parece á Vd. de todo esto?» «Magnífico, Señor Capitan General. La cosa se ha puesto en sazón para poder realizarse nuestros planes de la Nueva Orleans.» «No hablemos de eso Padre, dijo con cierto enfado ó desagrado, el Sr. Vives. Ya he dicho á Ustedes, que no puedo prestar cooperacion ninguna, á planes que no van puramente dirigidos á reconquistar aquellas posesiones con las armas en la mano: todo otro medio me está vedado por el Monarca. Y á usted Avirana ¿qué le parece?» «Separado de los planes de la Nueva Orleans, creo que podremos lograr los deseos de V. E. la reconquista del castillo de San Juan de Ulúa y la ciudad de Veracruz, por ahora, y no más.» «Esos son mis verdaderos deseos y los del Rey, repuso Vives, ¿y qué número de Soldados, considera usted que serán necesarios para esta operacion.» «Le respondí: tres mil á tres mil quinientos soldados, bien mandados.» El Sor. Vives se quedó pensativo por un momento, y luego dijo: «Eso pide meditar y es mejor que se pase usted mañana por la mañana á Palacio, á cosa de las siete y hablaremos despacio y á solas. En esta casa no estamos bien y aunque Gómez es de mi entera confianza, tiene muchos dependientes y sirvientes y habria algun curioso que estaria á la expectativa de lo que se hace y escucharía las conferencias, porque la casa es pequeña y no hay sitio lejano donde podamos tenerlas.»

Nos despedimos. Los frailes se encaminaron á su convento y yo me fuí á mi posada.

El dia siguiente á las siete de la mañana me dirigí á Palacio y el mayordomo me introdujo en su despacho. Mandó que cerrase la puerta y que cuando biniese el ayudante, le diese orden para que nadie entrase. Colocados ambos junto á la mesa principió ha hablarme y decir: «Estoy muy satisfecho del celo con que V. trabaja, y han llenado completamente mis deseos las dos cartas que ha traído el fraylecito y las esplicaciones que me ha dado. Ahora quiero que V. me explique la clase de sujetos que son Alvarez y Sanabria.»

Le contesté: «que Alvarez era un Mallorquin de mi misma edad, rubio como yo, y ademas bien parecido. Que hablaba tal cual el inglés, y segun me dijo, sirvió con ellos en un buque de guerra de aquella nacion, no sé si de contra maestre ó de piloto. Que le habia conocido en Veracruz, con motivo de haber vivido los dos en una misma casa. Que estaba aman-

cebado con una jarocho bien parecida y de buena edad, viuda de un español que le había dejado una bonita hacienda, en las inmediaciones de Veracruz, con ganado lanar y vacuno. Que esta viuda tenía un hijo único, habido de su marido peninsular, como de edad de 22 á 24 años. Servía en el ejército de la república, como capitán de granaderos del noveno batallón, y ayudante del coronel D. José Rincon, comandante de la fortaleza de S. Juan de Ulúa y gobernador militar de la ciudad de Veracruz. Que el capitán era muy adicto á España y los españoles, y consideraba á Alvarez como á su padre, pues que tenía concertado matrimonio con su madre. Que como criollo era muy listo. Que estos relaciones y lo que habíamos hablado juntos diferentes veces, sobre la posibilidad de poder reconquistar la plaza y fortaleza de San Juan de Ulúa, por el abandono y falta de vigilancia en que tenían aquel valuarte de la república, le había sugerido á hablarle á su ahijado y concertado el plan.» Además de las esplicaciones que había dado el religioso biniente de Veracruz, debíamos esperar la carta que escribiese por el primer paquete.

En cuanto á Remigio Sanabria, le hice una verdadera pintura de aquel bizarro jóven, que le teníamos destinado para gefe de la expedicion que proyectamos en Nueva Orleans. Que no convenia comprometerle en ninguna otra especie de planes, que estaba bien colocado y que únicamente podia utilizarse para participar noticias y servir de instrumento para azusar al coronel Vázquez, para introducir la discordia entre el General Guerrero y los de su raza y Gómez Pedraza y los criollos.

«Me cuadra la pintura que V. me ha hecho de los dos sujetos. Vamos al plan para la realizacion del proyecto, me dijo Vives. Hable V. con libertad.» «Primeramente, le digo, es necesario tener listos tres mil ó tres mil y quinientos hombres, bajo el mando de un bizarro brigadier ó general de entera confianza del Capitán General.

«Tener listos los Buques de Guerra, necesarios á embarcar dicha fuerza. Cerrar el puerto, es decir, impedir la salida de todo barco.

«En una noche debe embarcarse toda la infantería, y hacerse á vela al amanecer con rumbo á Veracruz.

«Anticipadamente debe enviarse á aquella plaza un emisario de confianza, que se ponga de acuerdo con el capitán,

anunciándole que la escuadra se hará á la vela al poco más ó ménos, tal dia.

«Remitir al Capitán 25 ó 30 mil duros para corromper á los argentos y soldados, que no estuviesen reducidos. Convenirse con dicho capitán en un plan de señales, acordado de antemano, para cuando se presente la escuadra á la vista de la fortaleza, que será el momento oportuno para ejecutar la revolucion del Castillo, á nombre de España.

«La señal de haberse realizado la revolucion del Castillo, será enarbolar en el torreón del Castillo la bandera española y tirar tres cañonazos.

«En el instante, el mismo Capitán ó su teniente, con media compañía de megicanos, se embarcará en demanda de la escuadra, y pasará á bordo del primer buque de guerra de la escuadra.

«Entónces se pondrán en flote las lanchas cañoneras, embarcando en ellas 300 hombres, y el oficial con la media compañía de megicanos, marchará á posesionarse del Castillo. Si el muelle y la ciudad estuviesen desocupados, toda la fuerza mexicana al mando del Capitán, nuestro aliado, irá al muelle y la ciudad, y desembarcarán de la escuadra toda nuestra infantería con el General ó Jefe de tierra, y se posesionará inmediatamente de todos los baluartes y la ciudad. Si por el contrario la ciudad estuviese ocupada, el desembarco de la infantería se hará por la Isla de Sacrificios ó Anton Lizardo, con la dotacion necesaria de artillería y se atacará desde luego la ciudad, cañoneándola con los fuegos del Castillo de San Juan de Ulúa, y todas las lanchas cañoneras de la escuadra.

«La ciudad de Veracruz no tiene murallas, y las simples tapias que la circuyen por la parte de tierra, no pueden resistir á los fuegos de nuestra artillería del Castillo, y al empuje y ataque de la infantería española, mandados por buenos oficiales.

«Conseguida con felicidad la ocupacion del Castillo y la ciudad de Veracruz, el primero debe guarnecerse de tropa española, y la guarnicion megicana desembarcarla en la ciudad al mando del capitán, elevado al empleo de coronel de infantería á nombre de S. M., compondrá parte de la guarnicion.

«El gefe de la escuadra remitirá á la Habana el buque menor y más velero, con el parte del general de tierra, partici-

pando la ocupación del Castillo y ciudad de Veracruz. El Capitan General, en vista de esta gran empresa, despachará en barcos mercantes una grande cantidad de víveres, lo menos para sostener la ciudad y el castillo durante medio año. Y dispondrá si es conveniente que siga la ocupación de la ciudad, ó limitarse á la guarnición del Castillo de San Juan de Ulúa.

«Este es, á mi parecer, el plan que debe adoptarse.» «Está perfectamente concebido. Un consuniado general, no hubiera improvisado mejor plan de campaña,» me dijo el Capitan General.

«Es tarde, y estarán esperando los curiales para el despacho. Venga V. esta noche, porque tenemos que trabajar mucho. No hable V. con nadie de este plan, que me ha propuesto V., ni al mismo Padre Bringas. El secreto es el alma de este negocio. Pensaré dónde nos hemos de reunir en lo sucesivo. No falte V. esta noche. A Dios,» y me apretó la mano.

A las ocho estube puntual en su despacho. Lo primera que me preguntó fué, si había escrito á los de Veracruz, y respondido que nó, me añadió: «ha hecho V. muy bien: en tan críticas circunstancias, es necesario tener mucho cuidado y no comprometer aquellas buenas gentes. Voy á enseñar á V. el borrador de lo que digo al Rey por la vía reservada» (y me leyó un escrito lacónico diciendo que había abierto comunicaciones importantes con Veracruz, y negociaciones con el Castillo de San Juan de Ulúa, y que tenía muchas esperanzas de conseguir los mejores resultados, y se estendía en algunas consideraciones, y le daba á S. M. noticias de lo que pasaba en Méjico, con motivo de los celos y rivalidades entre Gómez Pedraza y Guerrero.) «Ya ve V. amigo mío, que no cito á nadie por no comprometer; mas adelante diré á S. M. lo mucho que se debe á V. Por separado pido al ministro de la guerra dos regimientos de infanteria para apoyar cierta operacion importante de que doy cuenta á S. M.

«Veo que V. tiene muy buena letra, y quisiera que V. me pusiera en limpio esos dos escritos, porque no es conveniente poner en el secreto al secretario y á los escribientes. En el cuarto consabido, de allá dentro, he mandado al mayordomo que tenga dispuestos los recados de escribir, y vaya V. á encerrarse con llave; tome V. papel florete y copie V. los dos borradores; y cuando V. los haya acabado, llámeme V. por medio del mayordomo.»

Me encaminé al cuartito de antes, que lo encontré bien amueblado y una mesita con todo lo necesario de escribir. A la hora y media acabé el trabajo; toqué la campanilla y acudió el mayordomo, á quien dije: «avise V á S. E. que está ya concluido.» De allí á un momento vino Vives al cuartito y me dijo: «¿Sin duda no puede V. descifrar mis garabatos?» «Están descifrados y puestos en limpio.» «Es posible tan pronto y qué letra tan gallarda, exclamó el Capitan General. Vengan los borradores, y todo lo voy á encerrar en un despacho. No le digo á V. que entre en la sala, porque hay bastante gente y estamos jugando al tresillo. Buenas noches, jóven, avisaré á V. por Gómez, el día que debamos vernos y el sitio.»

Me retiré á mi casa, y paseándome solo por las calles y el campo, como hombre desocupado, aguardé tranquilo á que pasase el mes de Septiembre y entrase el de Octubre.

Llegado felizmente el mes de Setiembre, todos los dias desde que amanecía iba al muelle á ver las señales del Morro, por si aparecía el Paquete Inglés. Hasta que el dia diez y seis á las ocho de la mañana, paseándome en el muelle se acercó á mí el dependiente de marina, y desde cierta distancia me gritó: «ya tiene V. hay el Paquete Inglés, que lo ha señalado el Morro y debe estar muy cerca de la embocadura.» Le dí las gracias, y continué mi paseo por el muelle en compañía del empleado de marina, hasta que en una de las vueltas me dijo: «ahí le tiene V., va entrando.» Así fué, y la lancha de la marina fué á su bordo á examinar sus papeles. Me despedí del amigo y fui á verme con un anglo americano que había sido dependiente de Peter Armony en Nueva York y se había establecido en la Habana como hombre de negocios, apoderado de dicho Armony, á quien recomendó fuertemente al tiempo de nuestra despedida en la Nueva Orleans. Bajo un segundo sobre, él tenía encargado á Veracruz me dirigiesen las suyas Simidel y Sanabria. «Todavía no he recibido la correspondencia del paquete de Veracruz, y es probable que no la reciba hasta dentro de una hora; puede V. volver entonces y si quiere, ó esperar aquí, ahí tiene V. periódicos ingleses y franceses.» Le dije que tenía que hacer y volveria.

Hora y media despues volví, y me entregó dos cartas, la una de ellas muy abultada. Me despedí dándole las gracias, y corrí á mi posada á untar las cartas con el reactivo.

Primero leí la de Alvarez Simidel. Me decía en ella que «no le era posible permanecer más tiempo en el sitio en que estaba, porque temía lo denunciasen y cometiesen alguna barbaridad con él. Que estaba resuelto á tomar pasage en una fragata mercante americana, cuyo capitan era un amigo suyo, y que debía de calcular detenidamente el medio y modo cómo podía burlar la vigilancia del puerto, y hacerse á la vela dentro de ocho días para el puerto de Nueva Orleans. Que desde él me escribiría cuando determinase el embarque para la Habana. Que el hijo de su señora estaba en corriente en un todo, que sobre haber ganado á los sargentos de su compañía, lo había hecho de otros y que estaban todos en una misma cosa. Que el plan que yo había ideado, mientras permaneciese yo allí, era el más acertado y que estaba conforme en un todo su ahijado: que se le comunicasen las órdenes de lo que debía ejecutar, por medio del religioso consabido.»

La carta de Sanabria era más estensa. Decía: «que habían principiado los alborotos. El General Guerrero que había consentido ser Presidente de la República, viendo que los congresos de los Estados daban sus sufragios á favor del ministro de la Guerra Gómez Pedraza, se había puesto de acuerdo con el vice-Gobernador del Estado de Veracruz, Antonio López de Santa Ana. Este, á consecuencia de las instrucciones de aquel, insultó al congreso del Estado de Veracruz, y promovió un alboroto en Jalapa, uniéndose al Ayuntamiento de la ciudad, que desconoció igualmente la autoridad del congreso. Este se sostuvo firme, disolvió el ayuntamiento, depuso y arrestó á Santa Ana. Mas este último se confabuló con varios oficiales, y sorprendiendo á los batallones N^o 2^o y 5^o, emprendió el 15 de Setiembre la marcha, unido á la artillería, dirigiéndose para el fuerte de Perote, del que se apoderó, y de treinta mil pesos que acababan de llegar de aquella fortaleza. Guerrero en convinacion con Santana, iba á marchar sobre el Sur. En Veracruz se intentó igual movimiento al de Jalapa, mas el Gobernador de aquella Plaza, el Coronel José Rincon, supo sofocarlo, estrañando de ella á varios oficiales del noveno batallon y á otros alborotadores, y sin embargo de estas medidas de precaucion, el teniente coronel del cuerpo, representó á Rincon que no respondia del batallon, porque los agentes secretos de los Yorkinos, estaban seduciendo la tropa; y el resultado de esto ha sido que el Gobernador se

ha acuartelado con ellos, separando al soldado del contacto del paisanage.

«El camino de Méjico á Veracruz se ha interceptado por las tropas de Santa Ana al mando de su cuñado, el coronel Toro, que se ha posesionado del Puente del Rey. Han salido de Veracruz el coronel Crisanto Castro, con un piquete de tropa y otros doscientos más de la tropa de tierra caliente y dos piezas de artillería, con el obgeto de apoderarse del Puente. Es muy regular que esta tropa vaya á ser un refuerzo para Santa Ana, porque el Coronel Vázquez ha marchado tambien mandando los jarochoes de tierra caliente, y al despedirse de Sanabria en Medellin, le dió que se iba á reunir con Santana y lo mismo que el coronel Crisanto, amigo suyo y de aquel General. Este ha destacado desde Perote doscientos cincuenta hombres, para reforzar el puente, pero fueron batidos cerca de Jalapa, por dos compañías de las tropas del Congreso. El general Mora estaba de acuerdo con Santana, y el congreso que lo sospechaba, lo ha depuesto, y le reemplaza el coronel José Rincon. Su hermano Manuel Rincon, marchaba de Jalapa sobre Perote, con una columna de cuatro mil hombres, para batir á Santa Ana.

«El Gobierno de la Union ha puesto fuera de la ley á Santa Ana. El plan, bajo el cual se ha pronunciado éste, se reduce á tres artículos: 1^o Espulsion total de los Españoles del territorio megicano. 2^o Mudanza de Ministerio. 3^o Presidencia en la república del General Guerrero.

«De las inmediaciones de Veracruz se ivan ausentando todos los monteros ó jarochoes con sus caballos, y se presentaban á Santa Ana.

«En la noche del 2 de Setiembre, una partida de Santanistas trató de apoderarse del baluarte de la Concepcion de Veracruz, de acuerdo con la tropa que lo guarnecía, mas descubierta la trama, se ha redoblado la vigilancia, y encargado del mando al comodoro americano David Porter.

«El habanero Castrillon y otro oficial, que bajaron de Jalapa á Veracruz, como emisarios de Santa Ana, han sido presos y encerrados en los calabozos del castillo.

«Beraza, correo inglés de Méjico, ha llegado á Veracruz y ha traído la noticia de que Gómez Pedraza ha sido nombrado Presidente. A su paso por Perote vió á Santana que quedaba en aquella fortaleza con mil hombres.

«El furor de los Yorkinos contra Pedraza habia llegado á tal extremo en Méjico, que en logia plena, se decretó su asesinato, si llegaba á reunir los votos para la presidencia.

«Igual proposicion se ha hecho en la logia de Veracruz, y se citan los sugetos que deben marchar á Méjico con esta comision.

«De los españoles que habian quedado en Veracruz y debian salir en todo Diciembre, se ha hecho una leba y los han puesto en la cárcel para espulsarlos.

«En resumen, este es un pais perdido, donde reina la anarquia más completa; nadie se entiende ya. El gefe militar que tiene mil hombres bajo sus órdenes, impera y tiraniza, todo un Estado, sin reconocer al Congreso, y los tribunales.

«El Castillo de San Juan de Ulúa, está mandado por un jóven Capitan, ayudante de Rincon y guarnecido de 200 hombres del noveno batallon, y la mitad de los soldados están casi todo el día en la Ciudad, en la que hay muy escasa guarnicion, habiendo salido los dos batallones que habia para Jalapa. Seria la mejor ocasion para una atrevida empresa sobre el Castillo de San Juan de Ulúa. Remito á V. esos diarios, que le darán á V. algunos detalles, del modo como está este teatro.»



Preparativos para la Reconquista.

Del Castillo de

San Juan de Ulúa y Veracruz.

En el instante, que recibí la correspondencia, escribí un billete á Vives, diciéndole que tenia cartas de Veracruz de la mayor importancia, y que esperaba en mi posada sus órdenes. Se lo remití por conducto del Sr. Gómez, y este me hizo esperar en su casa hasta la buelta de Palacio. No se hizo esperar, á la media hora vino en el Quitrin, acompañado de Vives, que sin apearse me hizo ocupar la plaza del Sr. Gómez, y mandó al cochero que se dirigiese á la Calzada de San Lázaro, donde hizo parar el carruage á la puerta de una casa grande, perteneciente á un comerciante de la ciudad, amigo suyo, que despues de evacuar sus negocios en la plaza, acostumbraba ir á comer y dormir con su familia. Era una casa de campo ó de recreo. La Señora y familia, nos recibieron perfectamente, y despues de haber hablado el Señor Vives con la Señora en particular, nos introdujo en el Jardin de una especie de glorieta ó Pabellon; y despues de haber cerrado la puerta, quedamos solos Vives y yo. El gabinete estaba alajado con lujo, y mucho gusto.

«¿Bien, qué tenemos de Veracruz?» me preguntó Vives. Le saqué las dos cartas que acababa de recibir. Las leyo, y se puso en extremo contento. «Aquello debe ser un infierno, en medio de la anarquia que allí reina; debemos de aprobchar de ella, para realizar la espedicion. ¿Qué le parece á V.?» me preguntó Vives. «Que no debemos perder un instante en realizar la espedicion,» le repuse yo.

Se quedó Vives un poco meditabundo y luego me dijo: «Puedo sacar tres mil hombres de la guarnicion de la Isla, sin desantender la seguridad de ella. ¿Pero qué gefe cree V.